

Hilos que también dicen

10.03.2026

Noelia Pajón



Hay gestos culturales que no levantan la voz. No compiten por atención, no prometen inmediatez ni se adaptan a la lógica del scroll. El bordado es uno de ellos. Mientras todo parece exigir velocidad, definición y respuesta rápida, el bordado se permite otra cosa:

demora, repetición, error. Y en ese tiempo lento —tan poco valorado— aparece una forma inesperada de accesibilidad.

Porque no todo lo inaccesible tiene que ver con rampas o subtítulos. A veces lo inaccesible es el ritmo. El exceso de información. La obligación de entender rápido. En ese contexto, el bordado funciona como un lenguaje que baja el volumen del mundo. Un mensaje bordado no se consume: se recorre. Obliga a detenerse, a acercarse, a leer sin apuro. No grita una idea, la sostiene puntada por puntada.

Hay algo profundamente cultural en esa forma de comunicar. El bordado traduce ideas complejas en gestos simples, no por simplificación sino por síntesis. Una palabra mal alineada, una letra torcida, un dibujo imperfecto dicen tanto como un texto elaborado. En un mundo donde la comprensión parece reservada a quienes dominan ciertos códigos —académicos, digitales, visuales— el bordado propone otra entrada. No exige velocidad, exige presencia.



La imagen muestra un bastidor circular en el que están bordadas tres palabras: "Memoria" en color marrón, "Despacito" en color rojo y "Sentir" en color verde oscuro. Abajo una frase: "Otra forma de ver" en color azul seguida de una casa

con techo rojo y paredes blancas. Y por último, la palabra "Escuchar" en color naranja rodeadas de flores de colores y un corazón rojo.

Pero además de verse, el bordado se toca. Y ahí aparece otra dimensión que suele quedar fuera de la conversación cultural: el tacto. La mayor parte del arte está hecha para ser mirada a distancia, protegida, intocable. El bordado, en cambio, nace del contacto. Hilo, tela, relieve. Incluso cuando se expone, conserva esa memoria táctil. Invita —aunque no siempre se permita— a ser recorrido con las manos. ¿Qué pasaría si pensáramos el arte textil no solo como algo visual, sino como una forma legítima de lectura táctil? ¿Qué historias podrían contarse si el acceso no dependiera únicamente de los ojos?

El cuerpo que borda también importa. Históricamente, el bordado fue relegado a lo doméstico, a lo femenino, a lo "menor". Sin embargo, esa desvalorización esconde algo potente: es una práctica que habilita otros cuerpos a producir cultura. No exige fuerza, ni rapidez, ni formación académica. Permite crear desde distintos ritmos, desde manos que tiemblan, desde miradas que se cansan, desde mentes que necesitan repetición para concentrarse. En ese sentido, el bordado no solo comunica de forma accesible: se produce de manera accesible.

Y lo que se borda muchas veces no entra en el texto. Hay palabras que resultan demasiado duras, demasiado técnicas, demasiado abstractas cuando se escriben. Bordadas, en cambio, se vuelven cercanas. Una frase simple cosida sobre tela puede decir más que un manifiesto entero. El hilo no explica: sugiere. No define: acompaña. El mensaje no se impone, se deja encontrar.

También hay memoria en el bordado. No una memoria institucional, ordenada por fechas y nombres propios, sino una memoria blanda, cotidiana, transmitida de mano en mano. Prendas heredadas, pañuelos intervenidos, telas que guardan historias sin necesidad de placas ni vitrinas. El bordado conserva relatos porque puede usarse, tocarse, doblarse, gastarse. Es historia que no necesita permiso para existir.

Tal vez por eso cuesta pensarlo dentro de los debates actuales sobre accesibilidad. Cuando se habla de hacer la cultura accesible, la imaginación suele ir directo a la tecnología, a las plataformas, a las soluciones digitales. Pero rara vez se mira hacia técnicas ancestrales que ya resolvían, a su manera, el acceso al sentido. El bordado no traduce, no adapta, no "incluye" en términos grandilocuentes. Simplemente propone otra forma de estar en el mundo cultural.

Una forma más lenta. Más cercana. Más humana.

Quizás la pregunta no sea cómo volver accesible al bordado, sino qué puede enseñarnos el bordado sobre accesibilidad. Y, sobre todo, qué otras formas de lenguaje estamos dejando de lado por insistir en que todo debe decirse rápido, claro y fuerte, cuando a veces basta con un hilo, una tela y el tiempo necesario para que algo, finalmente, pueda entenderse.



Noelia Pajón

[Hashtag Sumaj](#) →
